

Adolescencia: el reordenamiento simbólico, el mirar y el equilibrio narcisístico

*Ruggero Levy**

INTRODUCCION

La adolescencia es un proceso que esencialmente se desarrolla en múltiples fronteras. Por eso necesitamos estudiarlas y conocerlas lo máximo posible. El proceso adolescente se desarrolla en las fronteras de lo psíquico y de lo somático, del mundo interno y el mundo externo, de lo individual y lo familiar y de lo personal y lo cultural; más allá de la frontera permanente entre lo normal y lo patológico.

Hoy en día, como estamos en un momento de grandes cambios en nuestra cultura, en que la modernidad está fuertemente sacudida por la pos-modernidad, hemos sentido una fuerte necesidad de comprender su impacto sobre el proceso adolescente.

Justamente, por estar en contacto directo con la frontera cultural y por el hecho que el adolescente sea un sujeto en constante cambio, vemos en él expresarse de modo evidente las modificaciones culturales. Observamos que el proceso adolescente está siendo modificado, anticipado, prolongado e intensificado. En suma, es como si asistiésemos a una adolescencia que suele presentarse extendida, torcida, desviada ante nuestros ojos.

Por otra parte, aun si fuésemos a estudiar la adolescencia sólo desde el punto de vista intrapsíquico, podremos hacerlo desde distintos vértices. Desde el vértice del proceso de separación e individuación; desde la reactivación de las pulsiones pre-genitales y

* Psicoanalista, Miembro Efectivo y Analista Didacta de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre.

Traducido por Noemí Haydée Ink de Vila, APdeBA

la emergencia de las genitales con la consecuente re-edición del complejo de Edipo; y desde el prisma de las vicisitudes del narcisismo como ya hice en otros trabajos (Levy, 1994; 1996)

Pero, en este momento me gustaría estudiar el proceso adolescente desde el punto de vista del narcisismo, enfocando la lente en un fenómeno particular: el del re-ordenamiento simbólico que se procesa en este momento de la vida, con el transcurrir de las ansiedades propias de este proceso, su impacto sobre la estructura narcisística del sujeto y sus puntos de contacto con nuestra cultura. Detallando un poco más, pretendo postular que hay un tipo de ansiedad específica de este proceso de re-ordenamiento simbólico, que es la ansiedad de aniquilamiento. Como fenómeno complejo que es, la adolescencia y todo el proceso de subjetivación que ella comprende, no puede ser abordado desde un solo vértice. No hay una teoría única ni un punto de vista único que pueda dar cuenta de un acontecimiento de tamaño complejidad.

EL RE-ORDENAMIENTO SIMBOLICO EN EL PROCESO ADOLESCENTE

El sujeto humano es un ser que se desarrolla esencialmente en un mundo simbólico (Levy, 2000) y por eso Cassirer (1964) dice que el hombre debería ser llamado más que animal racional, animal simbólico. La gran línea divisoria entre el hombre y las otras especies de animales, según Cassirer (1964), es la existencia de un sistema simbólico, intermediario entre el sistema receptor de estímulos y el efector motor. El pensamiento como sistema simbólico, intermedia la reacción inmediata, como ya decía Freud en “Los dos principios” (1911).

“El hombre vive en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el arte, la religión, son parte de ese universo. Son los variados hilos que tejen la red simbólica, el enmarañado de la experiencia humana. ... El hombre no puede confrontarse con la realidad en forma inmediata, no puede verla, por así decir, frente a frente; sólo puede hacerlo a través de la interposición de esa red creada por él mismo” (Cassirer, 1964, p. 48).

En lo que se refiere al proceso adolescente, no podría ser diferente. El se constituye por el desligamiento de los sistemas de representa-

ción anteriores montados por el *self* (Cahn, 1999), a lo largo de toda la infancia y por la creación de un nuevo sistema de representaciones que dé cuenta del nuevo cuerpo, del *self* en sí mismo, de los objetos y del propio mundo. Asistimos entonces, a lo largo de este doloroso proceso de de-construcción y re-construcción de un sistema de representaciones, a la emergencia de una nueva subjetividad en el universo simbólico del sujeto, con todas las vicisitudes propias de tal tarea.

¿Pero por qué no estoy refiriéndome simplemente a la construcción de una nueva identidad en la adolescencia? Justamente, porque quiero llamar la atención en lo metapsicológico, sobre el mundo fantasmático del sujeto y acompañar este gran proceso de simbolización que es la adolescencia, donde observaremos un tipo particular de ansiedad que emerge de dicho proceso.

El nuevo cuerpo adolescente emergente de la pubertad, con sus nuevas formas, nuevas pulsiones, nuevas potencialidades, plantea a la mente un monto de trabajo sin precedentes. Confronta al adolescente con un *extraño inquietante* (Cahn, 1999) que necesita ser representado internamente con el fin de recrear un sentimiento de familiaridad consigo mismo. Como describe Piera Aulagnier (Castoriadis-Aulagnier, 1975), simbolizar significa asimilar un “cuerpo extraño” a un determinado sistema de representaciones. Evidentemente que en este momento me refiero a “cuerpo extraño” en un doble sentido: como un elemento extraño que precisa ser asimilado y como un cuerpo biológico extraño al propio sujeto.

Lo que vuelve aún más perturbador este fenómeno es que, el *inquietante extraño* es extraño, no sólo al sujeto sino también a los otros, haciendo que, el mirar sorprendido del otro colabore aún más con el sentimiento de extrañeza tan común en este momento de la vida. De acuerdo con Cahn (1999) es este sentimiento de extrañeza consigo mismo y desde los otros, lo que da a la adolescencia la densidad y la especificidad de sus transformaciones psíquicas. Y, en la medida en que estamos hablando del reordenamiento del sistema de representaciones de sí mismo y de los otros, del colapso de un sistema y de la construcción de otro, además de los sentimientos de extrañeza hace poco aludidos, estaremos confrontados también con profundas angustias de aniquilamiento y muchas veces una sensación de muerte inminente, que es, como ya dije más arriba, la ansiedad que pretendo focalizar en este trabajo. El *self*—que es una construcción simbólica— se siente amenazado.

A lo largo de la infancia el sujeto había construido un sistema de representaciones del *self* y de los objetos que le garantizaba alguna estabilidad en la imagen de sí mismo. Entonces, con este proceso radical de reordenamiento simbólico, además de la pérdida de la infancia y del cuerpo infantil, está la pérdida de las representaciones de sí y de los otros, vivencia que provoca un sentimiento de terror. El propio Winnicott (1951) ya nos decía que el mayor sufrimiento psíquico aparece no cuando se pierde el objeto sino su representación. En este mismo trabajo, Winnicott, al final introduce la cuestión de lo negativo en psicoanálisis, destacando que cuando se produce la pérdida de la representación, a veces, la única realidad posible del objeto es su falta: la única presencia del objeto es su negativo. Son individuos que se aferrarán a la falta, a la ausencia y por lo tanto al sufrimiento como única cosa real. ¿Cuál es la relación de esto con el tema que estoy tratando? Es que hay adolescentes que frente a la pérdida de la representación de sí y frente al sentimiento de no existir, muchas veces se aferrarán a lo negativo como única realidad tangible: sufrir, sentir dolor, ser destructivo, es una forma de ser.

Pero, en estos tiempos, Botella (2002) nos habla de cómo la situación traumática se instala por la imposibilidad del sujeto de crear representaciones de una determinada experiencia, que puedan ligar los afectos por ella suscitados. En este sentido, podemos anticipar que la adolescencia se volverá traumática en la medida en que el sujeto no pudiera recrear un sistema de representaciones que den cuenta de esta nueva experiencia y, por lo tanto, fracase en esta experiencia inédita de subjetivación.

LA TENTATIVA DE ADQUIRIR UN EQUILIBRIO NARCISISTICO

Meltzer, en sus varios trabajos (1966, 1973, 1978, 1988, 1992) desarrolló el estudio de la geografía mental, o sea, estudió los espacios mentales, el tránsito entre ellos, sus compartimentos, características, inclusive su importancia en la adolescencia. Estudió los varios tipos de identificación proyectiva en el interior de los objetos, sus finalidades comunicativas, estructurantes y defensivas.

En su libro *El Claustro* (1992), Meltzer describe las consecuencias de estas fantasías para el psiquismo. Diferencia la identificación proyectiva que tendría finalidades más adaptativas y de comunicación, de la identificación intrusiva, con menos posibilidades de

reversibilidad, en la que el individuo se apropia del objeto, transformándose éste, en su fantasía, en un claustro que aprisiona y no es más un continente. Son situaciones en que el *self* resulta dominado en su funcionamiento por esta intrusión, determinando que el sentido de identidad del individuo resulte comprometido. Refiriéndose a los adolescentes comenta que *“la visión del claustro ilumina este cambio en el sentido de identidad, haciéndoles posible reconocer que están diferentes de lo que eran antes, no sólo en sus cualidades mentales, sino también en cuanto al mundo en el que habitan”* (Meltzer, 1992; p. 147).

En otro trabajo, “Refugios narcisistas en la adolescencia” (Levy, 1996), describí en detalle qué son y cómo se constituyen estos espacios mentales con funciones estructurantes y defensivas en la adolescencia. Procuré describir los aspectos destructivos incluidos en estas organizaciones mentales y su repercusión en la técnica psicoanalítica, especialmente en la contra-transferencia.

En su búsqueda de defenderse de sus ansiedades depresivas, paranoides, confusionales, de aniquilamiento y especialmente del sentimiento de despersonalización derivado de la desarticulación simbólica del proceso adolescente –que hoy intento estudiar–, el joven transitará psíquicamente no sólo entre varias comunidades (la familia, el mundo adulto, el grupo y el aislamiento; Meltzer, 1978), sino también entre varios objetos. Por medio de identificaciones proyectivas, más o menos intrusivas, partes del *self* “circularán” por una geografía compleja, creando identificaciones más o menos transitorias con consecuencias mas o menos dañinas para el *self*. O sea, como pierde la representación de sí, el adolescente procura “apropiarse” de algún *self*, alguna identidad.

Quiero decir que estas maniobras defensivas tienden a proteger de las ansiedades ya mencionadas, pero –para el enfoque que quiero dar hoy– tienden también a crear un sentimiento de estabilidad narcisística. O sea que el sujeto necesita reconocerse como existiendo antes que todo. Siendo algo, siendo alguien.

LA IMPORTANCIA DEL MIRAR

Diciendo estar influenciado por Lacan, Winnicott, en un trabajo interesantísimo llamado “El papel de la madre y de la familia en el desarrollo de la personalidad infantil” (1967), reafirma la importan-

cia del mirar del otro y de la madre inicialmente, en la constitución del sujeto. Afirmar que el precursor del espejo es el rostro de la madre. Con mucha riqueza comenta que el bebé cuando mira el rostro de la madre se ve a sí mismo. La madre que consigue “mirar” al bebé resulta pareciéndose con lo que ella ve allí. La sensación del bebé gana significado en el rostro de la madre. Es en este interjuego de mostrarse y ser mirado, que se construye la imagen que el sujeto tiene de sí y que será la “verdad” respecto de sí mismo. Hay un enriquecimiento en este intercambio pues lo que es sentido gana significado “en el mundo de las cosas vistas”. Winnicott complementa aún más esta idea diciendo que los bebés que tienen madres que no logran mirarlos, miran a la madre y no logran verse a sí mismos. En la normalidad, el bebé, al mirar a la madre, busca y encuentra el significado que allí debe estar.

Muy similar a las descripciones de Heidegger sobre la constitución de la verdad del ser, Winnicott acuña una frase lapidaria; dice: “cuando miro, soy visto; luego existo” (1967, p. 157).

O sea, es en la dinámica del mirar y ser visto que se da el sentimiento de existir. En las relaciones humanas íntimas nos vemos, encontramos nuestra “verdad” en el rostro de los otros. Creamos en el otro nuestro estado emocional y él se refleja en la imagen que nos es mostrada.

Otro trabajo, llamado “Le premier rouge a lèvres” (1988) o, en portugués “O primeiro batom” (“El primer lápiz labial”) Cournut-Janin comenta situaciones de violencia detectadas en un consultorio ambulatorio francés contra niñas púberes, ocurridas en sus propias familias, cuando comenzaban a maquillarse y a presentarse de un modo más femenino. Esto ocurría por las ansiedades que despertaban en sus padres. Sería de esperar que estas ansiedades estuvieran ligadas a fantasías libidinales incestuosas despertadas en los padres, y tal vez hasta, en parte lo fuesen. Entretanto lo que es interesante es el recorte original que este trabajo realiza: concluyen que lo que producía la mayor ansiedad era la manera como la niña comenzaba a ser vista por los otros hombres. Presentándose femenina y atrayente despertaba el deseo y el mirar de los hombres y este mirar tenía una doble consecuencia: por un lado, era fundamental para reforzar la identidad femenina de la niña –a través del desarrollo de las representaciones de sí como mujer–, por otro lado, el mirar de los hombres despertaba en los padres ansiedades homosexuales.

UNA RAPIDA ILUSTRACION

Ciro buscó tratamiento a los 15 años, pues presentaba fuertes sentimientos de despersonalización, de irrealidad, que desencadenaban crisis de ansiedad, algunas veces de pánico, por el horror que sentía de perder su identidad y desorientarse psíquicamente. Tenía, lo que él mismo llamaba, el sentimiento de “*estar y no estar*”. Temía que al caminar solo por la ciudad, podría perder la conciencia de sí mismo, desorientarse, no saber si estaba dormido o despierto, soñando o en vigilia, y así cometer algún descuido o imprudencia que lo llevase a la muerte. Esto daba origen a una fobia que lo incapacitaba y que le impedía asistir a la escuela, salir con los amigos y dormir solo, con tranquilidad durante la noche. Su adhesión a la madre era intensa pues imaginaba que sólo ella podría impedir que ocurriese lo peor. Desarrolló toda clase de ideas para mantenerla cerca de sí las veinticuatro horas del día. Era importante para Ciro, no lo que su madre decía, sino simplemente tenerla a su lado, tener su mirar.

Pero lo que nos interesa para el tema de hoy era su necesidad de ser visto. Si no sentía que estaba siendo mirado, temía que no estuviese existiendo más. Para ser mirado, entonces, cada día cambiaba algo en su apariencia: el color del cabello un día, un aro otro día, un *piercing*, rapaba su cabello, en fin, provocaba cambios en su apariencia que causaban sorpresa en los otros a su alrededor. Ser mirado con sorpresa lo tranquilizaba, pues le daba el sentimiento de existir, de ser real. En la medida en que fue mejorando y tranquilizándose, esta certificación de su existencia y de su identidad fue asumiendo nuevas formas.

Comenzó a sentir la curiosidad de descubrir aquéllo que el mirar del otro era capaz de ver. Diciéndolo de otro modo: quería, como describe Winnicott, colocarse en la posición del objeto y mirarse desde la posición de dicho objeto. El self existe como sujeto —que es el propio sentimiento de existir— pero el self puede tomarse como objeto —que consiste en la posibilidad de ocupar la posición del objeto y mirar hacia sí mismo (Ogden, 1994). Es claro que, en Ciro, este intercambio de posiciones con el objeto, asumía una forma bastante intrusiva, tal como describe Meltzer. Entonces Ciro, que venía dedicándose a la fotografía, hizo un plan. Conocía un mendigo que frecuentaba su barrio y con el que mantenía contactos folklóricos.

Primero le pidió sacarle unas fotos, en especial de su rostro, aproximándose progresivamente hasta encuadrar sólo sus ojos. Des-

pués, le dio la máquina fotográfica y le pidió que sacara fotos pues quería “ver lo que Marcos veía”.

Otra actividad que desarrolló con su máquina fotográfica fue un trabajo interesante en una villa pobre de Porto Alegre. Me dijo lo siguiente: “*Me dí cuenta que esta gente pobre no tiene fotos de la familia en casa*”. Comenzó a visitar la villa los fines de semana y sacar fotos a las familias. Estaba feliz de verlos esperándolo en casa, con sus mejores ropas para sacar la foto de familia. Ciro así los auxiliaba a desarrollar una identidad familiar a través de una representación visual, fotográfica de la familia. Les ofrecía una imagen de sí mismos. Les otorgaba, a través de su mirar, registrado por la máquina fotográfica, una identidad familiar. Podían así, verse a sí mismos. Es evidente que Ciro tenía esta sensibilidad respecto de las necesidades de esta gente y de las fallas en la constitución de las representaciones de estas familias, pues él mismo las experimentaba. Y él mismo utilizaba el mirar en sus múltiples desdoblamientos para intentar crear representaciones del *self* que lo tranquilizasen.

LA CULTURA ACTUAL Y LA CUESTION DE LA IMAGEN

Volviendo al principio, el proceso adolescente y la psicopatología de la adolescencia, en su multiplicidad de fronteras está abierto y en contacto permanente con la cultura. La cultura pos-moderna se ha caracterizado por la fluidez de las relaciones humanas y por un nuevo tipo de malestar justamente caracterizado por la inconsistencia y fragilidad de los vínculos (Bauman, 1997). Además, en la cultura actual asistimos a una crisis y cuestionamiento de la función de autoridad —especialmente en nuestro país—, de los valores, de las ideologías (Cahn, 1999), así como a un borramiento de los límites, que instaura una desorientación ética y moral. Obviamente que momentos culturales anteriores nunca fueron paraísos perdidos. Pero había un orden instalado, un *statu quo* establecido, contra el cual el joven se revelaba sosteniendo una ideología que le confería una identidad claramente definida.

Raymond Cahn (1999) describe con claridad algunos polos del conflicto de la adolescencia actual: la libertad cada vez más total en las costumbres, exigencia cada vez más severas en cuanto a las competencias, el estímulo al consumo de productos cada vez más tentadores, dificultades crecientes para obtenerlos, la liberación de la

sexualidad en la conducta con un distanciamiento cada vez mayor de la vida de pareja y de la parentalidad. Son polos de conflicto que generan angustias muchas veces de difícil solución, que conducen a patologías en la conducta. Se suma a todo esto una situación familiar en la que el joven se encuentra con padres con dificultades de reconocer y poner límites, entre los sexos, entre las generaciones, entre el “bien” y el “mal” y entre lo verdadero y lo falso. Además estos padres de la contemporaneidad muchas veces comparten con los adolescentes el mismo sentimiento de incertidumbre en cuanto al futuro, de precariedad y desamparo material y de cuestionamiento de las instituciones.

Lo que ocurre es que el adolescente frente a la angustia resultante de la pérdida de las representaciones de sí, por un lado se vuelca hacia su mundo interno con ansias de reconstruirlas, pero por otro lado recurre a los objetos externos para usarlos como espejos que lo ayuden a reconstruir su propia imagen, para que reflejen algo que los oriente, sea una bella imagen o una repulsiva, pero alguna imagen al fin. Entretanto, en el cuadro que estamos describiendo, el adolescente mira hacia el objeto y éste refleja una imagen confusa, sea de sí mismo como adulto, sea del propio joven, pues no sabe discriminar si lo que está viendo es verdadero o falso, bueno o malo, o peor todavía, no refleja imagen alguna, pues no logra “ver al hijo”, situación que lo lanza a un vacío de no existencia.

Este fracaso en el reordenamiento simbólico que permita construir una imagen de sí que garantice una estabilidad narcisística, conduce a un proceso de subjetivación incompleto. Esto, a su vez, empuja en dirección a las patologías narcisistas que alcanzan a la conducta y al cuerpo (delincuencia, anorexias, bulimias, drogas, etc.). Las defensas narcisísticas intentan solucionar la insuficiencia de elaboración psíquica (Cahn, 1999).

Una ilustración de lo que estamos describiendo. Hace poco, en mayo de 2006, una revista francesa, *Le nouvel observateur*, publicó una edición con la siguiente llamada: “*La verdad sobre la violencia de los jóvenes –cuando los golpes substituyen la palabra*”. El título en sí ya habla por sí mismo, pero el contenido se refiere justamente a la substitución de lo simbólico por la conducta, en las manifestaciones de jóvenes adolescentes franceses. Más aun, describe las fallas en el proceso de subjetivación más arriba descrito, su expresión en la conducta y cuánto refuerzo necesitan los jóvenes para la construcción de su autoimagen. Pues bien, el

artículo relata innumerables situaciones de violencia protagonizadas por jóvenes en toda Francia (Niza, Orleáns, Orly, París, etc.), que tienen entre sí algunos elementos en común. Son violencias de todos los tipos, sexuales, golpizas, en las que no hay una conciencia real de lo que se ha llevado a cabo. Por ejemplo, jóvenes de 13-14 años, en Niza, que sometieron sexualmente a una compañera, forzándola a practicar diversos actos sexuales, pero que no constituían para ellos mayores problemas, *porque en ningún momento la golpearon*. Otro elemento común –lo más impresionante para lo que estoy describiendo– es que en gran parte de estos actos violentos la práctica fue registrada en videos hechos en teléfonos celulares. Esta práctica ya tiene un nombre: “happy slapping”. O sea, los agresores son los personajes principales, los protagonistas de las filmaciones hechas por ellos mismos. Estamos, como fue dicho más arriba, en el esfuerzo narcisístico de construcción de una imagen de sí mismo a través del recurso de la imagen externa real y de la violencia como prueba positiva de su existencia. Parece que la destructividad es la única parte del *self* que sienten poseer. Pero veamos lo que dice Michel Redon, vice-procurador del Tribunal de Niza: *“Estos muchachos dan la impresión que la imagen es, para ellos, el único medio de existir frente a su propia nada. La víctima se vuelve una figura de su film, ella es irreal. Lo esencial para ellos es que ellos puedan, gracias a lo que prueba la imagen, demostrar que son hombres”*.

Pero hay otro elemento de nuestro tiempo que viene al encuentro de todo eso y que me gustaría abordar. Se trata de la presencia de Internet en la vida de los adolescentes de hoy, más especialmente los llamados *fotologs*, que, para quien no sabe exactamente de qué se trata, son *sitios* en que los jóvenes colocan fotos de sí, o de sus familias, o de amigos, para que sean vistos por otros en la red. Para tener una idea de la magnitud de este fenómeno, sólo en el portal de Terra Brasil, ya se crearon mas de 700.000 *fotologs* y emitidos más de 5.600.000 *posts* que son mensajes que se agregan a los *fotologs* y que dan explicaciones sobre lo que está siendo exhibido. Eso, sin hablar del Orkut, que va en esa misma dirección. ¿Qué será esto, sino algo muy similar a lo que Ciro hizo con las familias de la villa pobre de Porto Alegre? Parece que este fenómeno se ha constituido en una forma de mostrarse y ser visto, con derecho a explicaciones inclusive. Desde un punto de vista, sabemos que es una forma de atenuar el sentimiento de soledad tan común en la adolescencia y en nuestra

cultura en general, que en varios aspectos pasa por fenómenos muy similares a los de la adolescencia y por eso, no le ofrece continencia: soledad, pérdida de referentes, difusión de la identidad, regreso al cuerpo y al *acting*, etc.

Pero lo que ha llamado la atención es que muchos de estos *photologs* exhiben jóvenes adolescentes en ropa interior, o semidesnudas, en poses que recuerdan celebridades o prostitutas. Se confunden fotos ingenuas de jóvenes exponiéndose y prostitutas ofreciéndose. Hasta púberes también se han expuesto a compañeros de aula a través de las *webcam* en ropa interior. Pienso que en la cultura del narcisismo en que la imagen es entronizada, en que los valores de superficie son privilegiados sobre los profundos y en que la estética es privilegiada sobre la ética, el culto a la imagen es ofrecido para intentar fortalecer la sensación de existir como sujeto. El *soy visto, luego existo* de Winnicott, ocupa este espacio virtual, ya que las relaciones con los objetos reales están tan fluidas como ya comentamos. “Celebridades” nacen y mueren con la velocidad de Internet. Son construidas instantáneamente a partir de casi nada, sólo basta que aparezcan en una CPI (Comisión Parlamentaria de Indagación), o en una telenovela, o simplemente en un *reality show*. Y así, el aforismo winnicotteano se transforma en *soy un simulacro de celebridad, luego existo*.

COMENTARIOS FINALES

El adolescente, a través del proceso adolescente, busca, entre otras cosas, un reordenamiento simbólico normal, o sea, la reconstrucción de las representaciones del *self* y de los objetos, que se necesita para la nueva configuración subjetiva del sujeto, para, al final de la adolescencia, garantizar una estabilidad narcisística. Estamos aquí en el terreno del narcisismo normal, que el sujeto pueda mirar para sí y decir *yo existo y éste soy yo*. Mientras tanto, ya que estamos hablando de fronteras, cuando fracasa este proceso de subjetivación, el sujeto recurrirá a soluciones narcisísticas, ya en el terreno de la psicopatología, como única manera de ser. El joven busca a través de estas soluciones, asegurarse, certificarse, tranquilizarse, sobre todo comprobar que existe en lo real. Estos refugios narcisísticos que deberían ser transitorios, en muchas situaciones se vuelven estructuras consolidadas.

Esta reconstrucción simbólica del propio *self*, debe, al final del

proceso adolescente, haber podido crear imágenes de sí y de sus objetos, que le garanticen, además de tranquilidad en cuanto a su existencia, un sentimiento de claridad y de estabilidad respecto de sí. Deberá haber creado representaciones de sus objetos que le sirvan de referencia. Objetos inspiracionales al decir de Meltzer (1973). Y haber respondido a las preguntas: *ya que existo, quién soy yo, de quién es este cuerpo, quiénes son mis objetos y para qué sirven*, para que se produzca de modo adecuado la estructuración de la personalidad. Si las imágenes de sí mismo estuvieran muy disociadas, las angustias demasiado intensas, o cuando las imágenes objetales estuvieran muy clivadas, cargadas de odio u otras emociones perturbadoras, este proceso estará comprometido. O de otro modo, si el sujeto recurre a sus objetos reales y no encuentra en ellos una actitud que favorezca este reordenamiento simbólico, no encontrando su mirar, o encontrando un mirar que aumente la confusión, el riesgo de salidas narcisísticas en el ámbito de la patología es muy grande. El cuerpo podrá estar sobreinvertido, sea por la libido, sea por la destructividad, en la búsqueda de una afirmación narcisística, o el objeto podrá ser rechazado, ya que su reconocimiento podría implicar la sensación de aniquilamiento del *self*.

Espero haber podido plantear con claridad suficiente, a lo largo de este trabajo, la importancia que tienen los procesos de reconstrucción simbólica en el proceso adolescente, sus intersecciones con la importancia del mirar y la manera en que eso ocurre en nuestra cultura.

BIBLIOGRAFIA

- BAUMAN, Z. (1997) *O Mal-estar na pós-modernidade*. Jorge Zahar Editor, Rio de Janeiro, 1998.
- BOTELLA, C. Y S. (2002) Irrepresentável. Mais alem da representacao. Porto Alegre, Sociedade de Psicologia. Criacao humana, 2002.
- CAHN, R. *O adolescente na psicanálise -a aventura da subjetivacao*. Rio de Janeiro. Companhia de Freud, 1999.
- CASSIRER, E. (1964) *Ensaio sobre o homem*. Editorial Martins Fontes. Sao Paulo. 1997.
- CASTORIADIS-AULAGNIER, P. (1975) *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu, 2004.

- COURNUT-JANIN, M. (1988) Le premier rouge á levres ou La peur de la féminité chez les parents de l'adolescente. *La Psychiatrie de l'enfant*. Vol. XXXI, 2/1988, pp 301-311.
- FREUD, S. (1911) Formulacoes sobre os dois principios do funcionamento mental. *EEF*, Vol. XII.
- LEVY R. As relacoes amorosas na adolescência. XVII *Jornada Sul-Riograndense de Psiquiatria Dinâmica*. Gramado, 1994.
- Refúgios narcisistas na adolescência: entre a busca de protecao e o risco de destruicao- dilemas na contra-transferência. *Revista Brasileira de Psicanálise*, 1996: 30(1). 1-18.
- Do símbolo a simbolizacao.
- MELTZER, D. (1966) "The relation of anal masturbation to projective identification". *International Journal of Psycho-Analysis*, 47: 335-42.
- (1973) *Os Estados Sexuais da mente*. Ed. Imago. Rio de Janeiro. 1979.
- (1978) Seminários de Novara. *Quaderni di Psicoterapia Infantile*. Roma, Bokla, 1978.
- (1988) *A Apreensao do Belo*. Imago Editora. Rio de Janeiro, 1995.
- (1992) *The Claustrium- An investigation of Claustrophobic Phenomena*. The Clunie Press for the Roland Harris Trust Library.
- OGDEN, T. (1994) *Os sujeitos da Psicoanálise*. Sao Paulo. Casa do Psicólogo. 1996.
- WINNICOTT, D. (1951) Objetos Transicionais. En: *O Brincar e a Realidade*. Imago editora. Rio de Janeiro, 1975.
- (1967) O papel da mae e da familia no desenvolvimento emocional infantil. En: *O Brincar e a Realidade*. Imago Editora. Rio de Janeiro, 1975.

Ruggero Levy
Rua Eça de Queiroz 178/302
Porto Alegre
Brasil